

dejándole morir de necesidad! Mas vale así. Cervantes habia dicho: «¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!» Comió Cervantes su pan con el sudor de su frente, nada tuvo que agradecer á los que disponian de los tesoros públicos y de los puestos oficiales, nada, hablando sin empacho, á la magnificencia de sus contemporáneos. Hiciéronle justicia las muchedumbres, admiróle el mundo, y la posteridad le adora. Repítese su nombre con respetuoso entusiasmo en todos los extremos del globo que ilumina la antorcha de la civilizacion, y no hay quien no simpatice, de conocerla, con esa pobreza que es el mas honroso timbre de una vida austera y siempre bien encaminada.

Y para que todo sea grande relativamente á su persona, hasta es grande é impenetrable el misterio que cubre el origen de sus desventuras y el secreto que oculta el nombre de su émulo tordesillesco. No consiguió romperlo nuestra diligencia; pero colmó nuestro anhelo ver por tierra y sin crédito la doctrina que, condenando injustamente á Aliaga, presentábale como enemigo convicto y confeso de Cervantes y padre encubierto del libro tarraconense.

EL

BARRIO DE LAS MUSAS

ó

DE CERVANTES.

I.

EL BARRIO DE LAS MUSAS Ó DE CERVANTES.

Durante los revueltos tiempos de la Edad media, cuando limitaban el perímetro de la que al cabo había de ser asiento y normal residencia de los reyes de España, los cubos y contrafuertes de las puertas del Sol y de Guadalajara extendíase desde el último de estos ingresos, con dirección á la iglesia de Atocha y cruzando ramblas, breñas y aguas cenagosas, un descuidado y tortuoso sendero que, encerrado en doble hilera de añosos y copudos álamos, guiaba desde la Villa á los fieles que en determinadas épocas del año concurrían, ora

á rezar en el venerado santuario, ya á solazarse en los huertos y ventorrillos esparcidos por sus contornos. Solia detenerse el romero en las ermitas que el fervor religioso construyera á lo largo del camino, apartándose diligente de algun que otro tugurio, albergue propio de gente picaresca y maleante, que el lucro y la necesidad detenian entre aquellos matorrales y vericuetos.

Acrecentábase en el entretanto el vecindario de Madrid, gracias á la predileccion con que los monarcas de Castilla solian mirar á la antigua ciudad de los carpetanos, y al comedar la décima sexta centuria, habiéndose trasladado á su alcázar el tétrico y autocrático Felipe II, fueron comprendidos en el casco de la villa los barrios ó arrabales de San Martin, San Ginés y Santa Cruz. Rompióse entonces el muro que desde la mencionada puerta del Sol, y tocando en la que ahora llamamos plaza de Matute, enlazaba el nuevo recinto con los torreones de la puerta de Moros, abierta en el primitivo, quedando así practicable el portillo de Vallecas, cerca del cual, Anton Martin, benefactor ilustre de aquellas edades, habia erigido su célebre enfermería.

Aun no ha concluido el siglo XVI, cuando ya el caserío muéstrase creciendo de un modo considerable entre el mencionado portillo y la nombrada basilica. Circunscrita la calle de Atocha al trayecto que media desde la Plaza Mayor al hospital de Anton Martin, salva los almenados muros, y

ostentando edificios consagrados al culto y á la beneficencia, dilátase hasta las márgenes del arroyo que llena el cáuce de un áspero barranco. Desaparecen los viñedos que con sus verdes pámpanos cubrian alturas y sinuosidades, descuaaja el alarife la cepa del arraigado olivar, y ejecutándose desmontes y terraplenes, surgen de aquel descampado mansiones aristocráticas y tranquilos cenobios, humildes casas y privilegiadas iglesias, asilos y hospederías, jardines y teatros que siembran en todas direcciones la vida, la animacion y el movimiento.

Si tomando por base la plazuela del Angel y las calles de San Sebastian y del Príncipe, concentramos nuestra atencion en el caserío que avanza hácia el Retiro, teniendo como límites las calles del Prado y de Atocha, encontraremos una burgada que encierra preciosos recuerdos para el erudito, el artista y el literato. Combinándose las naturales consecuencias de la organizacion social, entonces en auge, con los escesivos privilegios de que gozaran monjas y cenobitas, no se permitia á la gente llana elevar sus casas de modo que desde sus ventanas pudieran inquirir lo que en los sagrados recintos ocurría. Otros, que no se hallaban en este caso, mediante la distancia que separaba sus moradas de los conventos, renunciaban á construir las de mas de un piso, proponiéndose con tal recurso librarse de la incómoda gabela registrada en los anales financieros de la

época con el nombre de regalía del aposento. Y si á esto se agrega que la administracion municipal se miraba reducida á cobrar sisas y sacar impuestos; si se tiene presente que la policía urbana era desconocida, que no habia ni alumbrado, ni limpieza pública, ni higiene popular, ni nada de lo que al presente constituye la economía íntima de las poblaciones bien regidas; no se extrañará que el barrio llamado de las Huertas, con sus vías y costanillas adyacentes, presentara un aspecto, sobre ingrato, miserable y repugnante.

Largas y monótonas cercas, abarcando espaciosos jardines de cuya hermosura disfrutaban solo sus afortunados poseedores; casas á la malicia y á la flamenca con sus pesados y redundantes aleros, algun que otro retablo alumbrado durante la noche por la tibia luz de empañado farolillo; iglesias, hospitales y monasterios sin atractivo arquitectónico en sus estrambóticas ó vulgarísimas fachadas; inmundos estercoleros; encharcados parajes y tascas donde en nefando consorcio Baco y Vénus recibian fácil y vergonzoso culto; hé aquí en resúmen, la peculiar fisonomía del cuartel que, andando el tiempo, denominaríase, y con razon, recinto privilegiado de las musas. Simulacro abreviado de la sociedad en sus tipos predominantes, habitábanlo desde el humilde buhonero y el hampon escapado de galeras, hasta el opulento magnate cuya existencia consumian galanteos y francachelas; desde el golilla y el algu-

cil de casa y córte, hasta el pretencioso é hinchado doctor rivalidado en Alcalá ó en Salamanca; desde la casta vírgen que ocultaba en el cláustro su juventud y su hermosura, hasta la zurcidora de voluntades y la moza de picos pardos; desde el lego que consagró su vida á la caridad, y el padre redentorista, y el cuadrillero del Santo Oficio; y el soldado mercenario, y el noble y esclarecido poeta; hasta el sábio insigne y desdichado, el indómito aventurero, el autor de entremeses y la reputada y aplaudida comedianta.

No lejos de la mancebía donde á compas con las risotadas de la sándia meretriz se escuchaba la vihuela del coplero, entonaban sus místicos cánticos las simpáticas Trinitarias, y á los gritos que el dolor arrancaba á los enfermos del Hospital general, respondía la insultante algazara de las zambras, justas y festines con que egregios optimates obsequiaban, livianos y descreídos, á sus damas y señores. Estudiado el barrio de las Huertas en determinado momento de su historia, hubiérase dicho que cifraba las múltiples gradaciones de la voltaria fortuna. Alzábase en uno de sus extremos el asilo de los Desamparados; extendíase en otro, ocupando inmensa superficie, la huerta y el palacio del duque de Lerma; y para que el contraste fuera mas patente y la comparacion mas exacta, próximo al afortunado Lope de Vega, con su cohorte de aduladores y su corona de encumbrados Mecenas, gemia pobre, mísero, enfermo y

sin ventura, el coloso de la literatura moderna, el divino creador del «Quijote,» el nunca bien ponderado soldado de Lepanto.

II.

Arrancando de los comienzos del siglo xvii, las caprichosas decisiones del destino traen á morar en el barrio de las Huertas, ó en las vías á él mas inmediatas, ya á los discípulos de Apeles y Timantes, ora á los adeptos de Melpómene y Talía. Abrense en las calles del Lobo y del Príncipe los primeros corrales ó teatros, y en ellos representan comedias y farsas las celebridades del histrionismo mas en boga, á la sazón, en España. Tienen sus alojamientos las gentes de la carátula en las calles que el cuartel comprende, y dentro de sus límites hállase tambien el nombrado Mentidero de los representantes.

De regreso Miguel de Cervantes por los años de 1608 á 1609, de su expedición á Andalucía, se le encuentra habitando con su hermana doña Andrea, viuda del general Alvaro de Mendaño, en la casa número 21 de la calle de la Magdalena. Trasládase en el mismo año á la plaza de Matute, ocu-

pando una de las viviendas situadas á espaldas de Loreto, quizá donde hoy se hallan las oficinas de «La Ilustración de Madrid.» En octubre siguiente podemos verle de nuevo en la calle de la Magdalena, número 25; pero definitivamente se domicilió en el barrio de las Huertas, hácia el que se mostraba inclinado por extremo. Diríase que algo querido, precioso y singular para su cariño, guardaba este extremo de la villa; parecía como que una fuerza superior á su voluntad le obligaba á no apartarse gran trecho de sus inmediaciones. Si las señales y las presunciones mas vehementes no nos engañan, tan extraño encariñamiento está plenamente justificado. Debió tener el Adam de los poetas, en las celdas de las monjas Trinitarias, la prenda querida de su corazón, á su hija Isabel. ¡Tambien dentro de los muros del silencioso retiro donde esta se consagrara á la oración y á la penitencia, se cabaría la modesta é ignorada sepultura del grande hombre!

En junio de 1610 vivían Cervantes y su esposa en una casa de la calle del Leon, frente á Castillo, panadero de la corte. Cuatro años despues, en 1614, concluía su «Viaje al Parnaso» en la calle de las Huertas, frontero á las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos, y dos mas tarde,

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ansias de la muerte,

hallámosle en la morada del clérigo D. Francisco Martínez, calle de Francos, esquina á la del Leon,

donde **había** de exhalar el último aliento. En aquel refugio que **bizarramente** le deparó la fraternal amistad y los **lazos** que como miembro de la Orden Tercera **le unían** con el dignísimo sacerdote, trinitario como él, vió Cervantes extinguirse para él la luz del **día**, en reducida estrechez confinado, puesto á prueba de enojos y desabrimientos, sin otros **consueos** que los de la caridad bien entendida y el amor de su ejemplar y cariñosa cónyuge.

Las **livianas** mujeres que habitaban los contornos, los **soldados** que en reprobados coloquios incitábanlas al **pecado**, los galanes que, atraídos por el cebo de **las** comediantas, frecuentaban el suburbio, **obligando** á los magistrados á medidas extremas **atentos** á impedir los escándalos y desmanes que **solían** cometerse, pudieron contemplar el 23 de **abril** de 1616 la traslación del ya yerto cadáver al **panteon** de las Trinitarias. Vistiendo el **grosero** hábito propio de la hermandad, acariciado el **noble** y concertado semblante, que la regla **descubría** á la contemplación lastimosa de los devotos, **por** las perfumadas esencias que de las inmediatas y espesas arboledas brotaban abundantes; **limpia**, tersa y despejada la serena frente, velando los **plegados** párpados la apagada llama de los ojos, **recogidas** las manos, sin esfuerzo, sobre el pecho; **sin** cortejo, ni mundana pompa, era Cervantes **conducido** al eterno descanso, sobre los hombros de cuatro hermanos terceros, en rús-

tico ataud. ¡Qué doloroso espectáculo! Lope de Vega, mimado y favorecido por la suerte; Lope de Vega, el cantor de las fiestas palaciegas, el ídolo de las muchedumbres, que ponía su vena al servicio de reprobados sentimientos, vivía á dos pasos de la casa del desdichado escritor. El Fénix de los ingenios sintió que se aproximaba el término natural de sus días, rodeado de no comunes anchuras y satisfacciones. Egregios próceres sentábanse á su hogar; un ameno y espacioso huerto dábale ocasion, cultivándolo, para desechar melancolías; y cuando, agotada la existencia, reclamó la tierra los fúnebres despojos, Madrid entero acompañólos á la huesa, dando por tal manera indicios de un duelo que solo el tiempo mitigaría. ¡Inescrutables misterios del destino! Cervantes fallece en la indigencia; Camoens y Guillen de Castro rinden el ánimo en la sala de un hospital; Milton espira pidiendo limosna, y sin embargo, detrás de sus harapos brilla refulgente la aurora de la inmortalidad.

Entre Lope de Vega y Cervantes, fijó Quevedo su domicilio. Vémosle empadronado en la calle del Niño, que recta conduce á la tumba del segundo. ¡A cuántas consideraciones no lleva esta triple aproximación! De un lado el fecundo poeta, que acomodándose á las exigencias de su época, emplea sus talentos en fomentar los gérmenes que la vician y arruinan; del otro dos poderosos géneros que por caminos divergentes dánse la mano